

Armonía Somers

El hombre del túnel

Muerte por alacrán

Historia en cinco tiempos

Réquiem por una azucena

El desvío

EL HOMBRE DEL TÚNEL
CUENTO PARA CONFESAR Y MORIR
De «La rebelión de la flor» Antología personal
El Cuenco de Plata, 2009

Iba saliendo de aquel maldito caño —un tubo de cemento de no más de cincuenta centímetros de diámetro en el que había tenido el coraje de meterme para atravesar la carretera— cuando lo conocí. Contaba entonces siete años. Eso explicaré por qué, si es que se puede cruzar normalmente una senda, alguien pensara en la angosta alcantarilla como vía. Y que todo el sacrificio de aquel pasaje inaudito, agravado por la curva de la bóveda, fuese para nada, absolutamente para y por nada.

Reptando a duras penas, oliendo con todos los poros el vaho pútrido de la resaca adherida a la superficie, logré alcanzar la mitad del tubo. Fue en ese preciso punto de caramelo de la idiotéz cuando sucedieron varias cosas, una de ellas completamente subjetiva: el pensar que pudiera aparecerse de golpe algo terrorífico, desde víbora a araña, siendo imposible el giro completo del cuerpo, y debiéndose imaginar la marcha atrás como una persecución frontal por el monstruo. Entonces, y ya instaurada para siempre la desgracia de la claustrofobia, se advirtieron estos dos leves indicios compensatorios: ver aproximarse cada vez más la boca del caño a la punta de mi lengua y vislumbrar los pies de un hombre, al parecer sentado sobre la hierba, según la posición de sus zapatos.

Es claro que ni por un momento caí en pensar que era yo quien había estado buceando hacia todo, sino que las cosas se vendrían de por sí, a fuerza de tanto desearlas. (Dios, yo nunca te tuve, al menos bajo esa forma de cómoda argolla de donde prenderse en casos extremos, ni siquiera como la cancelación provisoria del miedo). Así, solamente asistida por una imagen circular y dos pies desconocidos, fue cómo llegué a la boca de la alcantarilla, hecha una rana bogando en seco, y exploré la cosa.

El hombre de las suelas, gruesas y claveteadas en forma burda, estaba sentado, efectivamente. Pero no sobre la hierba, sino en una piedra. Vestía de oscuro, llevaba un bigote caído de retrato antiguo y tenía una ramita verde en la mano.

Mi salida del agujero no pareció sorprenderlo. Aun sin sacar todo el cuerpo, respirando fatigosamente y tatuada por la mugre del caño, debí parecerle un gusano del estiércol que va a tentar suerte al aire de los otros bichos. Pero él no hizo preguntas, no molestó con los famosos cómo te llamas ni cuántos años con que a uno lo rematan cuando es chico, y que tantas veces no habrá más remedio

que contestar mostrando la retaguardia en un gesto típico. Si acaso intentó algo fue sonreír. Pero con una sonrisa de miel que se desborda. Y elaborada al mismo tiempo con los desechos de su propia soledad, quizás de su propio túnel, como siempre que la ternura se quede virgen en esta extraña tierra del desencuentro.

Entonces yo emergí del todo. Es decir, me incorporé enfrentándolo. De nuevo volvió él a echarme por encima aquel baño total de asentimiento, una especie de connivencia en la locura que me caló hasta los tiernos huesos.

Nadie en la vida había sido capaz de sonreírme en tal forma, debí pensar, no sólo completamente para mí tal una golosina barata cualquiera, sino como si se desplegara un arcoíris privado en un mundo vacío. Y casi alcancé a retribuírselo. Pero de pronto ocurre que uno es el hijo de la gran precaución. Hombre raro. Policía arrestando vagos. Nunca. Cuidado. Eran unas lacónicas expresiones de diccionario básico, pero que se las traían, como pequeños clavos con la punta hundida en la masa cerebral y las cabezas afuera haciendo de antenas en todas las direcciones del riesgo. Malbaraté, pues, el homenaje en cierne y salí a todo correr, cuanto me permitió el temblequeo de piernas.

El relato, balbuceado en medio de la fiebre en que caí estúpidamente, se repitió con demasía. Y así, sin que nadie se diera cuenta de lo que se estaba haciendo, me enseñaron que había en este mundo una cosa llamada violación. Algo terrorífico, según se lograba colegir viendo el asco pegado a las caras como las moscas en la basura. Pero que sí, de acuerdo con mi propia versión del suceso, podría provenir de aquel hombre distinto que había sonreído para mí desde la piedra, debía ser otra historia. Violación, hombre dulce. Algo muy sucio de lo que ellos estarían de vuelta. Pero sin que nada tuviese que ver con mi asunto, divisible solamente por la unidad o sí mismo, como esos números anárquicos de la matemática elemental que no se dejan intervenir por otros. Tanto que supuse que violar a una niña sería como llevársela sobre un colchón de nubes, por encima de la tierra suspicaz, a un enorme granero celeste sin techo ni paredes. Y a estarse luego a lo que sucediera.

Así fue cómo la imagen inédita de mi hombre permaneció inconexa, tierna y desentendida de todo el enredo humano que había provocado. Detuvieron a unos cuantos vagabundos, y nada. Mi descripción no coincidía nunca con harapos, piojos, pelo largo, dientes amarillos. Hasta que un día decidí no hablar más. Me di cuenta de que eran unos idiotas crónicos, pobres palurdos sin aventura, incapaces de merecer la gracia de un ángel que nos asiste al salir del caño. Y todo quedó tranquilo. Pero eso no fue sino el prólogo. Él reapareció muchas veces, se diría que siete, las suficientes para una completa terrenidad. Y aquí comienza la verdadera historia. El hombre de la acera de enfrente. El único que asistió a mi muerte. La revelación final del vacío.

Yo vivía entonces en una buhardilla. La había elegido por no tener nada encima ni a los costados, una especie de liberación inconsciente del túnel, por si esto fuera saber sicoanalizarse. Una vez, luego de cierta enfermedad bastante larga, abrí la ventana para regar unas macetas y lo vi. Sí, lo vi, y era el mismo. Con

tantos años más encima, y no había cambiado ni de edad, ni de traje, ni siquiera de estilo en el bigote. Se hallaba parado junto a una columna y, aunque nadie pudiese creerlo, tenía la misma ramita verde de diez o doce años atrás en la mano. Entonces yo pensé: esta vez será mío. Sólo que su imagen no tendrá profanadores, no irá a caer en los sucios anales del delito común, al menos siendo yo quien lo entregue... En ese preciso golpe mental de mi pensamiento, él levantó la cabeza, desde luego que reconociéndome, y volvió a sonreírme como en la boca del túnel. (Dios mío, haz que no se pierda de nuevo —dije agarrándome de la famosa argolla del ruego—. Otros tantos años después del después no serían lo mismo. Sólo tiempo de bajar a decirle que yo no lo acusé. Y no únicamente eso, sino todo lo demás, las dulces historias que su presunta violación había sido capaz de provocar más tarde, en toda soledad que Tú desparramases bajo el cielo, cuando las horas eran propicias y las uvas maduraban en sus auténticos veranos...).

Tomé el teléfono y marqué el número del negocio vecino al lugar donde él había reaparecido.

—Perdone —dije contrariando mi repugnancia a este tipo de humillaciones— habla la estudiante que vive en el último piso de enfrente...

—Sí... ¿Y?

—Bueno, usted no lo podría comprender. Quiero, simplemente, que salga y diga a ese hombre vestido de oscuro y con una ramita en la mano que está junto a la columna, que la muchacha que regaba las macetas es aquella misma chiquilla del túnel. Y que ya baja a encontrarlo, que no vaya a perderse de nuevo a causa de los cinco pisos que deberá hacer para reunírsele. ¡Corra, se lo suplico!

—Nada más, ¿eh? —se atrevió a preguntar el tipo.

—Vaya de una vez —le ordené con una voz que no parecía salir de mis registros— lo espero sin cortar. ¡Es que ya no podrían pasar de nuevo los mismos años, nunca es el mismo tiempo el que pasa!

Mis incoherencias, la locura con que le estaría machacando el oído, lo hicieron salir a la calle. Le observé mirar hacia el punto preciso que yo había indicado, mover la cabeza negando, y aumentar después el área de reconocimiento. Al cabo de unos segundos, y mientras yo veía aún al forastero en la misma actitud, volvió con esta estúpida rendición de noticias:

—Oiga, ¿por qué no se guarda las bromas para otro? Junto a la columna no hay ningún tipo, ni nada que se le parezca. Esto no es un episodio del hombre invisible, qué diablos...

—¡Bromas las que quiere hacer usted, no yo —le grité histéricamente— está aún ahí, lo sigo viendo!

—Eso si no agarró las de villadiego al ver que yo o usted lo habíamos pescado a punto de robarse mi bicicleta, ¿no?

—¡Cállese, pedazo de bruto!

—O las de cruzar la calle, no más —agregó tomándose confianza— para trepar de cuatro en cuatro a su altillito... Porque yo siempre pienso que usted

duerme ahí demasiado sola y que cualquiera sería capaz de ir a acompañarla con gusto...

Le corté el chorro sinfín de la estupidez con que amenazaba inundar el mundo. Y hasta descubrir quién sabría qué conexiones secretas con los demás, los de aquel tiempo que se me había ido perdiendo entre uno y otro año nuevo, llevándose sus caras. Por breves minutos de marcha atrás, volví a sentir mi aire abanicado por sus alientos, algunos como el del parto de las flores, pero otros tan iguales al de esas mismas flores cuando se pudren, que casi hubiera sobornado a la muerte para que se los arrastrara de nuevo.

Fue entonces cuando comprendí que jamás, en adelante, debería comunicar a nadie mi mensaje. Todo era capaz de quedar injuriado en el trayecto por el puente que ellos me tendían. Y en forma vaga llegué a intuir que ni yo misma estaría libre de caer en sus fabulaciones, que era necesario liberar también al hombre de mí propio favor simbólico, tan basto como el de cualquiera.

Cerrado, pues, el trato definitivo, y mientras él seguía en la misma actitud de contemplación, sin enterarse siquiera de que el dueño de la bicicleta la sacaba del apoyo de la columna llevándosela al interior de la tienda, yo salí como una sonámbula hacia la escalera.

Iría, quizás, hablando sola, o contraviniendo la velocidad normal, o en ambas cosas a la vez, cuando la mujer de color indefinido que subía resoplando con un bolso lleno de provisiones en la mano, se interpuso en mi camino. Ya antes de pretender su prioridad, se me había hecho presente con un olor como de escoba mojada con que traía inundado el pasillo. La estaba imaginando en una pata, yéndose a la oscuridad de la rinconera a colgarse sola por una argollita de hilo sucio que ella misma se habría atado en la ranura del cuello, cuando persistió en tomarse toda la anchura del pasaje. Luchábamos por el espacio vital, sin palabras, a puro instinto de conservar lo más caro, ella su vocación de estropajo, yo la boca del túnel donde iba a hallar de nuevo algo que me pertenecía, cuando no tuve mas remedio que empujar. Sí, empujar, qué otra cosa. Dos veces no va uno a dejarse interferir por nadie, mientras hace equilibrios en la cuerda tirante del destino sobre las pequeñas cabezas de los que miran de abajo.

Y llegó ella primero que yo, es claro. Cuando la volví a ver en el último descanso, mirándome fijamente con dos ojos de vidrio entre el desparramo de sus hortalizas, ya era tarde. El hombre había desaparecido. No diré que para siempre. Mas su periodicidad, contándose desde mi violación a mi primer crimen, luego a las otras menudencias de las que él fue también principal testigo, y en las que siempre los demás actuaban de desencadenantes, se me llevó pedazos de la pobre vida que nos han dado. Es que uno merodea por años alrededor de ese algo que nos van a quitar, y luego hasta tiene valor para esperar a que el vino se ponga viejo. Así, cuando mucho tiempo después cambié las escaleras por ascensor automático, y nadie supo en el piso de dónde venía la mudanza, casi llegué a saludar a una mujer parecida a mí que se echaba hacia atrás los cabellos en un espejo del pasillo. Dios mío, iba a decir ya como alguna otra vez en las apuradas.

Pero recordé de pronto el peor y el mejor de mis trabajos, aquel de quitarle limpiamente su hombre a una prójima desconocida. Y decidí que mi pelo ya desvitalizado era una cosa de poca monta para andar a los golpes en la última puerta en busca de lástima.

Hasta que cierto atardecer lluvioso, no podría decir cuánto tiempo después, el hombre del túnel volvió a aparecer en esa y no otra acera de enfrente, con el olfato de un perro maníaco que anduviera de por vida tras la pieza. Entonces yo decidí que nada en este mundo podría impedirme ya que me precipitase a su encuentro definitivo. Estaba así, sin intermediarios de ninguna especie, apretando el botón de la jaula, cuando vi recostada a la pared la escalera de emergencia.

—Eso es, lo de siempre —farfullé— la atracción invencible del caño, aunque la senda normal sea ahora ésta que va y viene verticalmente con su incuestionable eficacia propia.

De pronto, y mientras la puerta del ascensor se abría de por sí como un sexo acostumbrado, el pasamanos grasiento de la escalera se me volvió a insinuar con la sugestión de un fauno tras los árboles. El minuto justo para cerrarse la puerta de nuevo. Y yo hacia atrás de la memoria, cabalgando en los pasamanos tal como alguien debió inventarlos para los incipientes orgasmos, que después se apoderan de las entrañas en sazón, hasta terminar achicándose en los climaterios como trapo quemado.

—¡Sí! —grité de golpe, completamente libre ya de toda carga, incluso la de los otros, que también soportan lo suyo encima.

Aquel sí colgado del vacío, sin más significación que la de su arrasamiento, se quedó unos instantes girando en el aire de la caja con otros sí más pequeños que le habían salido de todo el cuerpo y me acompañaron hasta la puerta. Crucé luego la calle con el mismo vértigo con que había cabalgado la escalera, ajena a la intención de las ruedas que se me venían como si el mundo entero hubiese enfilado sus carros en busca de mis vísceras. Yo estaba sorda y ciega a todo lo que no fuera mi objetivo, el abrazo consustancial del hombre de la ramita verde que seguía parado allí, sin edad, omiso ante la obligación de correr como un loco detrás del tiempo. Fue entonces cuando pude ver fugazmente cómo el violador de criaturas, el ladrón, el asesino, el que codicia lo que no le fue dado, y el todo lo demás que puede ser quien ha nacido, abría los brazos hacia mí. Pero en una protección que no se alcanza si las ruedas de un vehículo llegaron primero. Lo vi tanto y tan poco que no puedo describirlo. Era como un paisaje tras los vidrios del tren expreso, con detalles que nunca se conocerán, pero que igualmente aterciopelan la piel o la erizan de punta a punta.

—Gracias por la invención de las siete caídas —alcancé a decirle viendo rodar mi lengua como una flor monopétala sobre el pavimento.

Entré así otra vez en el túnel. Un agujero negro bárbaramente excavado en la roca infinita. Y a sus innumerables salidas, siempre una piedra puesta de través cerca de la boca. Pero ya sin el hombre. O la consagración del absoluto y

desesperado vacío.

MUERTE POR ALACRÁN

Tan pronto como surgieron a lo lejos los techos de pizarra de la mansión de veraneo, dispuestos en distintos planos inclinados, los camioneros lograron comprender lo que se estaban preguntando desde el momento de iniciar la carga de la leña. ¿A qué tanto combustible bajo un sol que ablanda los sesos?

—Los ricos son así, no te calientes por tan poco, que ya tenemos de sobra con los cuarenta y nueve del termómetro —dijo el más receptivo al verano de los dos individuos, mirando de reojo el cuello color uva del otro, peligrosamente hipertenso.

Y ya no hablaron más, al menos utilizando el lenguaje organizado de las circunstancias normales. Tanto viaje compartido había acabado por quitarles el tema, aunque no las sensaciones comunes que lo hacían de cuando en cuando vomitar alguna palabrota en código de tipo al volante, y recibir la que se venía de la otra dirección como un lenguaje de banderas. Y cuidarse mutuamente con respecto al sueño que produce entre los ojos la raya blanca. Y sacar por turno la botella, mirando sin importársele nada la cortina de vidrio movedizo que se va hendiendo contra el sol para meterse en otra nueva. Y desviar un poco las ruedas hasta aplastar la víbora atravesada en el camino, alegrándose luego de ese mismo modo con cualquier contravención a los ingenuos carteles rutereros, como si hubiese que dictar al revés todas aquellas advertencias a fin de que, por el placer de contradecirlas, ellos se condujeran alguna vez rectamente. Hasta que las chimeneas que emergían como tiesos soldados de guardia en las alturas de un fuerte, les vinieron a dar las explicaciones del caso.

—Ya te lo decía, son ricos, no se les escapa nada. Vendrán también en el invierno, y desde ya se están atiborrando de leña seca para las estufas, no sea cosa de dejarse adelantar por nadie, ni siquiera por las primeras lluvias.

Pero tenían la boca demasiado pastosa a causa de la sed para andar malgastando la escasa saliva que les quedaba en patentar el descubrimiento. Más bien sería cuestión de hacer alguna referencia a lo otro que venía a sus espaldas, algo de la dimensión de un dedo pulgar, pero tan poderoso como una carga de dinamita o la bomba atómica.

—No ha dejado de punzarme el hijo de perra durante todo el viaje. Con cada sacudida en los malditos baches, me ha dado la mala espina de que el alacrán me elegía como candidato —dijo el apoplético no pudiendo aguantar más su angustia contenida, y arrojando por sustitución el sudor del cuello que se sacaba entre los dedos.

—¿Acabarás con el asunto? —gritó el que iba en el volante—. Para tanto como eso hubiera sido mejor renunciar al viaje cuando lo vimos esconderse entre

la leña... como un trencito de juguete —agregó con sadismo señalando en el aire la marcha sinuosa de un convoy— y capaz de meterse en el túnel del espinazo. (El otro se restregó con terror contra el respaldo.) Pero agarramos el trabajo ¿no es cierto? Entonces, con alacrán y todo, tendremos que descargar. Y si el bicho nos encaja su podrido veneno, paciencia. Se revienta de eso y no de otra peste cualquiera. Costumbre zonza la de andar eligiendo la forma de estirar la pata.

Aminoró la marcha al llegar al cartel indicador: Villa Therese Bastardilla. Entrada. Puso el motor en segunda y empezó a subir la rampa de acceso al chalet, metiéndose como una oruga entre dos extensiones de césped tan rapado, tan sin sexo que parecía más bien el fondo de un afiche de turismo. Dos enormes perros daneses que salieron rompiendo el aire les adelantaron a ladridos la nueva flecha indicadora: Servicios. Más césped sofisticado de tapicería, más ladridos. Hasta que surgió el sirviente, seco, elegante y duro, con expresión hermética de candado, pero de los hechos a cincel para un arcón de estilo.

—Por aquí —dijo señalando como lo haría un director de orquesta hasta hacia los violines.

Los camioneros se miraron con toda la inteligencia de sus kilómetros de vida. Uno de los daneses descubrió la rueda trasera del camión recién estacionado, la olió minuciosamente, orinó como correspondía. Justo cuando el segundo perro dejaba también su pequeño arroyo paralelo, que el sol y la tierra se disputaron como estados limítrofes, los hombres saltaron cada cual por su puerta, encaminándose a la parte posterior del vehículo. Volvieron a entenderse con una nueva mirada. Aquello podía ser también una despedida de tipo emocional por lo que pudiera ocurrirles separadamente, al igual que dos soldados con misión peligrosa. Pero esos derroches de ternura humana duran poco, por suerte. Cuando volvió el mucamo con dos grandes cestos, los hombres que se habían llorado el uno al otro ya no estaban a la vista. El par de camioneros vulgares le arrebató los canastos de las manos, siempre mandándole aquellas miradas irónicas que iban desde sus zapatos lustrados a su pechera blanca. Luego uno de ellos maniobró con la volcadora y el río de troncos empezó a deslizarse. Fue el comienzo de la descarga del terror. Del clima solar del jardín al ambiente de cofre de ébano de adentro y viceversa. Y siempre con el posible alacrán en las espaldas. Varias idas y venidas a la leñera de la cocina, donde una mujer gorda y mansa como una vaca les dio a beber agua helada con limón y les permitió lavarse la cara. Luego, a cada uno de los depósitos pertenecientes a los hogares de las habitaciones. No había nadie a la vista. (Nunca parece haber nadie en estas mansiones

¿te has dado cuenta?). Hasta que después de alojar la última astilla, salieron definitivamente de aquel palacio de las *Mil y una noches* sin haberlo gozado como era debido, pero festejando algo más grande, una especie de resurrección que siempre provocará ese nuevo, insensato amor a la vida.

Era linda, a pesar de todo. Qué muebles bárbaros, qué alfombras. Si hasta me parecía estar soñando entre todo aquello. Cómo viven éstos, cómo se lo disfrutan

todo a puerta cerrada los hijos de puta.

El mucamo volvió sin los canastos, pero con una billetera en la mano. Le manotearon el dinero que les alargaba y treparon como delincuentes a la cabina. Ya se alejaban maniobrando a todo ruido, siempre asaltados por los perros en pleito por sus meaderos, cuando uno de los tipos, envanecido por la victoria íntima que sólo su compañero hubiera podido compartir, empezó a hacer sonar la bocina al tiempo que gritaba:

—¡Eh, don, convendría decirle a los señores cuando vuelvan que pongan con cuidado el traste en los sillones! Hay algo de contrabando en la casa, un alacrán así de grande que se vino entre las astillas.

—Eso es un cocodrilo, viejo —agregó el del volante largándose a reír y echando mano a la botella.

Fue cuando el camión terminó de circunvalar la finca, que el hombre que había quedado en tierra pudo captar el contenido del mensaje. Aquello, que desde que se pronuncia el nombre es un conjunto de pinzas, patas, cola, estilete ponzoñoso, era lo que le habían arrojado cobardemente las malas bestias como el vaticinio distraído de una bruja, sin contar con los temblores del pobre diablo que lo está recibiendo en pleno estómago. Entró a la mansión por la misma puerta posterior que había franqueado para la descarga, miró en redondo. Siempre aquel interior había sido para él la jungla de los objetos, un mundo completamente estático pero que, aun sin moverse, está de continuo exigiendo, devorándose al que no lo asiste. Es un monstruo lleno de bocas, erizado de patas, hinchado de aserrín y crines, con esqueleto elástico y ondulado por gibas de molduras. Así, ni más ni menos, lo vio el mismo día del nacimiento de la pequeña Therese, también el de su llegada a la casa y su toma de posesión con un poco de asco a causa de ciertos insoportables berridos. De pronto, y luego de catorce años de relativa confianza entre él y las cosas, viene a agregarse una pequeña unidad, mucho más reducida en tamaño que las miniaturas que se guardan en la vitrina de marfiles, pero con movimiento propio, con designios tan elementales como maléficos. Y ahí, sin saber él expresarlo, y como quien come la fruta existencial y mete diente al hueso, toda una filosofía, peor cuando no se la puede digerir ni expulsar por más que se forcejee. El alacrán que habían traído con los leños estaba allí de visita, en una palabra. Un embajador de alta potencia sin haber presentado sus credenciales. Sólo el nombre y la hora. Y el desafío de todos lados, y de ninguno.

El hombre corrió primeramente hacia el subsuelo en uno de cuyos extremos estaba ubicada la leñera recién embutida. La mujer subterránea, a pesar de constituir el único elemento humano de aquella soledad, tenía una cara apacible, tan sin alcance comunicativo, que con sólo mirársela bastaba para renunciar a pedirle auxilio por nada.

—¿Qué ha ocurrido, Felipe, por qué baja a esta hora? ¿Los señores ya de vuelta? — dijo con un acento provinciano refregándose en el delantal las manos enharinadas.

—No, Marta, regresarán a las cinco, para el té. Sólo quería un poco de jugo de frutas —contestó él desvaídamente, echando una mirada al suelo donde habían quedado desparramadas algunas cortezas.

La mujer de la cara vacuna, que interpretó el gesto como una inspección ocular, fue en busca de una escoba, amontonó los restos con humildad de inferior jerárquico. Mientras se agachaba para recogerlos, él la miró a través del líquido del vaso. Buena, pensó, parecida a ese tipo de pan caliente con que uno quisiera mejorar la dieta en el invierno. Aunque le falte un poco de sal y al que lo hizo se le haya ido la mano en la levadura... Ya iba a imaginar todo lo demás, algo que vislumbrado a través de un vaso de jugo de frutas toma una colocación especial, cuando el pensamiento que lo había arrojado escaleras abajo empezó a pincharle todo el cuerpo, igual que si pelo a pelo se le transformase en alfileres. Largó de pronto el vaso, tomó una zarpa de rastrear el jardín que había colgada junto a la puerta de la leñera y empezó a sacar las astillas hacia el centro de la cocina como un perro que hace un pozo en busca del hueso enterrado. A cada montón que se le venía de golpe, evidentemente mal estibado por la impaciencia de los camioneros, daba un salto hacia atrás separando las piernas, escrudiñaba el suelo. Así fue cómo empezó a perder su dignidad de tipo vestido de negro. El polvo de la madera mezclado con el sudor que iba ensuciando el pañuelo, lo transformaron de pronto en algo sin importancia, un maniquí de esos que se olvidaron de subastar en la tienda venida a menos. Pero qué otro remedio, debía llegar hasta el fin. Pasó por último la zarpa en el piso del depósito. Luego miró la cara de asombro de la cocinera. A través del aire lleno de partículas, ya no era la misma que en la transparencia del jugo de frutas. Pero eso, la suciedad de la propia visión, es algo con lo que nunca se cuenta, pensó, en el momento en que las cosas dejan de gustarnos. Escupió con asco a causa de todo y de nada. Se sacudió con las manos el polvo del traje y empezó a ascender la escalera de caracol que iba al hall de distribución de la planta principal. Volvió a mirar con desesperanza el mundo de los objetos. Desde los zócalos de madera a las vigas del techo, casualmente lustradas color alacrán, desde las molduras de los cofres a las bandejas entreabiertas de algunos muebles, el campo de maniobras de un huésped como aquel era inmenso. Quedaba aún la posibilidad de mimetismo en los dibujos de los tapices, en los flecos de las cortinas, en los relieves de las lámparas. Ciertamente podía dilatarse la búsqueda hasta el regreso de la gente. ¿Pero a título de qué? Si ha estallado una epidemia no se espera al Ministro de Salud que anda de viaje para pelear contra el virus, aunque sea a garrotazos, y sin que se sepa dónde está escondida la famosa hucha pública. Así, pues, para no morir con tal lentitud, decidió empezar a poner del revés toda la casa. Había oído decir que el veneno del escorpión, con efectos parecidos al del curare, actuaba con mayor eficacia según el menor volumen de la víctima. Animales inferiores, niños, adultos débiles. Vio mentalmente a la joven Therese debatiéndose en la noche luego de la punzada en el tobillo, en el hombro. Primeramente, al igual que bajo el veneno indígena, una breve excitación, un delirio semejante al que producen las bebidas

fermentadas. Luego la postración, acto seguido la parálisis. Fue precisamente la imagen de aquel contraste brutal, la exasperante movilidad de la criatura en su espantosa sumisión a la etapa final del veneno, lo que rompió sus últimas reservas lanzándolo escaleras arriba hacia el pasillo en que se alienaban las puertas abiertas de los dormitorios.

Aun sabiéndolo vacío, entró en el de la niña con timidez. Siempre había pisado allí con cierto estado de desasosiego, primeramente a causa de que las pequeñas recién nacidas suelen estar muchas veces desnudas. Después, a medida que las pantorrillas de la rubia criatura fuesen cambiando de piel, de calibre, de temperamento, en razón de que no estuviera ya tan a menudo desvestida. Así, mientras se trazaba y ejecutaba el plan de la búsqueda (en primer término alfombra vuelta y revisada prolijamente), empezó a recrear la misteriosa línea de aquel cambio. Desde muy tierna edad acostumbraba ella a echársele al cuello con cada comienzo de la temporada (luego cortinas vistas del revés, por si acaso), pero alterándose cada año desde el color y la consistencia del pelo (colcha vuelta, almohadas), a la chifladura de los peinados. Finalmente, este último verano y apenas unos días antes, había percibido junto con el frenético abrazo de siempre al mucamo soltero las redondas perillas de unos senos de pequeña hembra sobre su pechera almidonada. Desde luego, pues, que le estaría ya permitido a él estremecerse secretamente (sábanas arrancadas de dos tirones violentos). Aquella oportunidad de conmovirse sin que nadie lo supiera era una licencia que la misma naturaleza le había estado reservando por pura vocación de alcahueta centenaria que prepara chiquillas inocentes y nos las arroja en los brazos. Bueno, tampoco en la cama revisada hasta debajo del colchón que ha volado por los aires, ni entre los resortes del elástico. De pronto, desde la gaveta entre abierta de la cómoda, una prenda rosada más parecida a una nube que a lo que sugiere su uso. Era la punta del hilo de su nuevo campo. Y fue allí, debajo de otras nubes, de otras medusas, de otras tantas especies infernales de lo femenino, que el color infamante del animal se le apareció concretamente. Con el asco que produce la profanación, se abalanzó sobre el intruso. Pero la cosa no era del estilo vital de un alacrán que mueve la cola, sino el ángulo de una pequeña agenda de tapas de cuero de cocodrilo, que ostentaba el sello dorado de la casa del progenitor (Günter, Negocios Bursátiles), de las que se obsequian cortésmente a fin de año. Retuvo un momento con emoción aquella especie de amuleto infantil, al igual que si hubiera encontrado allí una pata de conejo, cualquier cosa de esas que se guardan en la edad de los fetiches. Tonterías de chiquilla, una agenda entre las trusas y los pequeños sostenes. De pronto, los efluvios de tanta prenda que va pegada al cuerpo, un cuerpo que ya tiene tetillas que le perforan a uno sus pecheras, lo inducen a entreabrir en cualquier página, justamente donde había algo más garrapateado a lápiz y con la fecha del día de llegada. "Hoy, maldito sea, de nuevo en la finca, qué aburrimiento. Dejar a los muchachos, interrumpir las sesiones de baile, el copetín de los nueve ingredientes inventado por "Los 9". Pero no niegues,

Therese, que te anduvo una cosa brutal por todo el cuerpo al abrazar este año a Felipe. Y pensar que durante tanto tiempo lo apretaste como a una tabla. Recordar el asunto esta noche en la cama. En todo caso, las píldoras sedantes recetadas por el Doctor O. mejor no tomarlas y ver hasta dónde crece la marea. Y no olvidarse de poner el disco mientras dure...”

Un concierto de varios relojes empezó a hacer sonar las cuatro de la tarde. El hombre dejó caer la pequeña agenda color alacrán sobre el suelo. Justamente volvió a quedar abierta en la página de la letra menuda. La miró desde arriba como a un sexo, con esa perspectiva, pensó, con que habrían de tenerlos ante sí los médicos tocólogos, tan distinta a la de los demás mortales. No había astillas en la habitación. La niña, que odiaba las estufas de leña porque eran cosas de viejo, según sus expresiones, guardaba un pequeño radiador eléctrico en el ropero. Cuando, rígido y desprendido de las cosas como sonámbulo, llegó al sitio del pasillo donde el señor Günter tenía ubicado su dormitorio, aún seguían las vibraciones de las horas en el aire. Se apoyó contra el marco de la puerta antes de entrar de lleno a la nueva atmósfera. ¿Cómo sería, cómo será en una niña? —masculló sordamente— Agendas abiertas, una marea de pelo rubio sobre la almohada, el disco insoportable que había oído sonar a media noche en la habitación cerrada. Empezó, por fin, a repetir el proceso de la búsqueda. Un millar de escorpiones con formas de diarios íntimos iban saltando de cada leño de la chimenea, ésta sí repleta, como con miedo de un frío mortal de huesos precarios. Hasta tener la sensación de que alguno le ha punzado realmente, no sabría decir ni dónde ni en qué momento, pero como una efectividad de aguja maligna. Deshizo rabiosamente la cama, levantó las alfombras, arrojó lejos el frasco de píldoras somníferas que había sobre la mesa de noche, cuando el cofre secreto embutido tras un cuadro y cuya combinación le había sido enseñada por el amo en un gesto de alta confianza, le sugirió desviar la búsqueda. Nunca hasta entonces los atados de papeles alineados allí dentro le hubieran producido ningún efecto. Pero ya no era el mismo hombre de siempre, sino un moribundo arrojado a aquel delirio infernal por dos tipos huyendo en un camión después de echarle la mala peste. Quitó el cuadro, puso en funcionamiento la puerta de la caja de seguridad, introdujo la mano hasta alcanzar los documentos cuidadosamente etiquetados. Quizás, masculló, si es que el maldito alacrán me ha elegido ya para inocularme su porquería, encuentre aquí el contraveneno de un legado a plazo fijo, no sea cosa de largarse antes sin saberlo.

Y del agujero de la pared comenzó a fluir la historia negra de los millones de Günter Negocios de Bolsa, novelescamente ordenada por capítulos. El capítulo del robo disfrazado de valores ficticios, la mentira de los pizarrones hinchados de posibilidades, el globo que estalla por la inflación provocada artificialmente, los balances apócrifos, la ocultación de bienes, la utilización en beneficio propio de fondos que le fueran confiados con determinado destino, los supuestos gastos o pérdidas en perjuicio de sus clientes, las maniobras dolosas para crear subas o bajas en los valores, el agio en sus más canallescadas formas. Y todo ello

reconocido y aceptado cínicamente en acotaciones al margen, como si el verdadero placer final fuera el delito, una especie de apuesta sucia jugada ante sí mismo.

El hombre leyó nítidamente en uno de los últimos rótulos: "Proceso, bancarrota y suicidio de M. H." Antes de internarse en la revelación, rememoró al personaje escondido tras las iniciales. Fue en el momento en que le veía durante una de las famosas cenas de la finca tratando de pinchar la cebollita que escapara por varias veces a su tenedor, lo que todo el mundo festejó con explosiones de risa, cuando la historia del desgraciado M. H. contada por Günter Negocios empezó a surgir de aquellos pagarés, de aquellos vales renovados, de aquellos conformes vencidos, de aquellas cartas pidiendo clemencia, hasta—llegar al vértice de la usura, para terminar en la ejecución sin lástima. Luego, modelo de contabilidad, el anfitrión de Villa Therese registrando el valor de las flores finales, esas que un hombre muerto ya no mira ni huele. Pero quedaría siempre sin relatar lo de la cebollita en vinagre, pensó como un testigo que ha vivido una historia que otro cuenta de oído. Entonces se evocó a sí mismo dejando la botella añeja que traía envuelta en una servilleta y, como buen conservador de alfombras, agachándose a buscar bajo la mesa lo que había caído. Allí, entre una maraña de bajos de pantalones, pies de todos los tipos, encontró la pierna de la esplendente señora de Günter Negocios enlazada con la del amigo M. H., o mejor la pierna del hombre entre las de ella, que se movía en una frotación lenta y persistente como de rodillos pulidores. Cuando él volvió a la superficie con la inocua esferita embebida en ácido, le pareció ver salir del cráneo pelado del señor de las grandes operaciones bursátiles algo parecido al adorno de un tapiz de la sala, el de la cacería de los ciervos. Aunque ahora, atando todos los cabos sueltos, el hombre de la cabeza con pelo negro ya insinuándose al gris que gusta a las mujeres, estuviera también en aquellos bosques de la ruina perseguida por los perros Günter, arrinconado, con su propia pistola apuntándose a las bellas sienes encanecidas. Formas de muerte, dijo, mientras seguía buscando el alacrán entre los historiales y sintiendo multiplicar sus agujas por todo el cuerpo. Dejó ya con cierta dificultad la habitación alfombrada de papeles. La cosa, si es que lo era verdaderamente, parecía andarle por las extremidades inferiores, pues cada paso era como poner el pie en un cepo que se reproduce. Pero con la ventaja de estar libre aún de la mitad del cuerpo hacia arriba, contando con los brazos para manejarse y el cerebro para dirigirlos.

Finalmente, el cuarto de la mujer, la gran Teresa, como él la había llamado mentalmente para diferenciarla de la otra. Al penetrar en su ambiente enrarecido de sensualidad, se le dibujó tal cual era, pelirroja, exuberante y con aquel despliegue de perfumes infernales que le salían del escote, de los pañuelos perdidos. Casi sin más fuerza que para sostenerse en pie, empezó a cumplir su exploración para la que había adquirido ya cierto ejercicio. En realidad, eso de deshacer y no volver nada a su antiguo orden era mantener las cosas en su

verdadero estado, murmuró olfateando como un perro de caza el dulce ambiente de cama revuelta que había siempre diluido en aquella habitación, aunque todo estuviera en su sitio. La mujer lo llevaba encima, era una portadora de alcoba deshecha como otros son de la tifoidea. Pero había que intervenir también allí, a pesar de todo. Con sus últimas reservas de voluntad, abrió cajón por cajón, maleta por maleta, y especialmente un bolso dejado sobre la silla. La agenda de cocodrilo de Günter Negocios, pero sin nada especial, a no ser ciertas fechas en un anotador, calendario erótico con el que alguien más entendido que él trazaría una gráfica del celo femenino. Luego, otro capítulo, pero simplemente de horas. Nada para el remate final de M. H. Aquellas horas habrían sido detenidas por la barrera negra. Después, a pesar de utilizarse los mismos símbolos, tomarían éstos otra dirección, como aves migratorias hacia un nuevo verano. Y paz sobre el destino de los seres mortales. Apeló nuevamente a sus restos de energía para volver con el historial del hombre de la caepulla, desparramar los documentos sobre la cama de la mujer como un puñado de alfileres o la carga microbiana de un estornudo. Y todo listo, al menos antes de su inminente muerte propia. No estaba en realidad seguro de nada. Si picadura de alacrán, si las uñas de la pequeña Therese en sus escalas solitarias, si apéndices córneos del gran burgués que repartía agendas finas a su clientela, o si sencillamente el efluvio como último extremo reptar hasta el subsuelo donde vivía la mujer vacuna, el único baluarte de humanidad que quedaba en la casa. No, no es imposible, debe llegar de pie. Un inmundo alacrán, o todos los alacranes de la mansión señorial, constituyen algo demasiado ínfimo en su materialidad para voltear a un hombre como él, que ha domado las fieras de los objetos de la sala, o que ha descubierto el universo autónomo y al revés de las piernas bajo las mesas con la misma veracidad de un espejo en el suelo. Justamente cuando empezó a desnudarse en medio de la cocina para que ella lo revisase desde el pelo a las uñas de los pies (Marta, han traído un alacrán entre la leña, no me preguntes nada más), fue que ocurrió en el mundo la serie de cosas matemáticas, esta vez con cargo al espejo del cielo, el único que podría inventariarlas en forma simultánea, dada su postura estratégica. Uno: el ladrido doble de los daneses anunciando la llegada del coche. Dos: las cinco de la tarde en todos los relojes. Tres: el chofer uniformado, gorra en mano, que abrió la portezuela para que ellos bajasen. En esa misma instancia se oían los gritos de la niña Therese anulando los ladridos, trezándose con la vibración que las horas habían dejado por el aire tenso: “Felipe, amor mío, aquí estamos de nuevo.

¿Qué hiciste preparar para el té? Traigo un hambre atroz de la playa.” Cuatro: El entrevió unos senos en forma de perilla girando en los remolinos de la próxima marea, entre la epilepsia musical del disco a prueba de gritito de derrumbes íntimos, y cayó desvanecido de terror en los brazos de la fogonera. En ese preciso minuto, formando parte de la próxima imagen número cinco, la que el propio hacedor de los alacranes se había reservado allá arriba para el goce personal, un bicho de cola puntiaguda iba trepando lentamente por

el respaldo del asiento de un camión fletero, a varios kilómetros de Villa Therese y sus habitantes. Cierto que el viaje de ida y vuelta por el interior del vehículo había sido bastante incómodo. Luego, al llegar al tapiz de cuero, la misma historia. Dos o tres tajos bien ubicados lo habían tenido a salvo entre los resortes. Pero después estaba lo otro, su último designio alucinante. Quizás a causa del maldito hilo como de marioneta que lo maneja no sabe desde dónde, empezara a titubear a la vista de los dos cuellos de distinto temperamento que emergían por encima del respaldo. Nunca se sabe qué puede pensar un pequeño monstruo de esos antes de virar en redondo y poner en función su batería de popa. Seis: Sin duda fue en lo que duró esta fatídica opción, que la voz de dos hombres resonó en el aire quieto y abrasado de la tarde:

—Lo largamos en escombros al tipo de la pechera almidonada, ¿qué te parece, compañero?

—Puercos, la casa que se tenían para de vez en cuando. Merecen que un alacrán les meta la púa, que revienten de una buena vez, hijos de perra...

HISTORIA EN CINCO TIEMPOS

LA MUJER

Nada en el mundo podía compararse a su desgracia de hombre. Nada... En medio de los puñetazos dados sobre la mesa, en la que bailoteaba a cada impacto la lámpara de queroseno, se producía el desparramo intermitente de aquellas palabras obsesivas, rubricadas por las lágrimas que iban cayendo en cada embestida del desahogo. Porque una casilla junto a la vía del ferrocarril, que es la última miseria a que puede llegarse, era algo sin importancia. No poseer más bienes en un mundo atiborrado de objetos posibles como éste, que una cama, una mesa, la silla de la palangana y el cajón del primus y, si acaso cupieran en el inventario, ciertos banderines provenientes de un remolcador desguazado con que tuviese que tapar los agujeros de las paredes, tampoco esto daba para desesperar mucho. Pues lo cierto era que hasta hace unas pocas horas había estado ella, la mujer, siempre cantando y riéndose, nunca se sabría si de estúpida o de feliz, o de las dos cosas al mismo tiempo. Y también llorando de tanto en tanto, para distraerse, según su explicación bastante oscura.

Todo temblaba allí, y hasta lo que estaba suspendido en clavos se desprendía en ocasiones al paso de la máquina. Ella había adoptado un sistema: reírse del escándalo producido por la epilepsia de los utensilios y tratar al mismo tiempo de disminuir sus efectos.¹ Percibía por las plantas de los pies la vibración lejana. Y entonces, al llegar el momento preciso, se abrazaba a los enseres más precariamente situados y les impedía caer, sosteniéndolos por turnos brevísimos como los malabaristas.

—Elena, Elena —dijo de pronto el hombre a media voz, como si ella se hubiese corporeizado en base a los elementos del vacío.

La dibujó en el aire. Tenía naricilla respingona y dientes limpios por la virtud de una saliva milagrosa. Y se conservaba siempre blanca, aún sin cuarto de baño, por la única vía de la palangana que estaba sobre esa silla, y que a veces debían vigilar a causa del suelo desparejo. Fue precisamente aquella serie de pensamientos neutros, desconectados del drama de la fuga, lo que le permitió penetrar con suavidad en cierta zona mal vigilada por la angustia, la misma que suele abrirse a los que están velando a un ser querido, evaporándoles las lágrimas.

En ese lampo vertiginoso entre el dolor y el olvido de la causa, la volvió a revivir en aquellos momentos en que el tren nocturno se les echaba encima de golpe estando ambos en la cama, y ella, por la fuerza de

la costumbre, se despertaba abrazándolo para sostenerlo. Entonces, y transmitidas por la locomotora, él sentía todas las vibraciones que pueden recorrer un cuerpo femenino hecho de muñecas agregadas a la talla principal, como esos muñecos que fabrican los chicos, por falta de madurez creadora.

Se sonó la nariz, tornó a leer el papelucho: "Me boy, siento que hotro destino me yama. Si es para vien, no me hesperes nunca". De pronto, por obra y gracia del maldito tren que se acercaba, y los ladridos del perro que decidiera quedarse, el hombre dio en mirar las paredes de lata donde se iba a producir el mal de san vito de los colgados. Maldición. Ella se había llevado como único equipaje los banderines de señales, que desde el primer momento constituyeran su embeleso. No volvería más pues, nunca más. Estaba todo dicho. La sensación de cosa que ya no tiene remedio le alcanzó un golpecito de condolencias en la espalda, comenzó a serenarlo con fórmulas de circunstancias. Sí, se dijo sin esperar que alguien viniera a contárselo de afuera, una cierta esperanza hubiese sido peor, algo para estirar la pena inútilmente. Vio aquella cosa verde planear por breves instantes de uno a otro rincón y luego desvanecerse en el aire con olor a soledad de la pieza, justo cuando el combustible comenzaba a agotarse y la mecha de la lámpara a saltar como en una sola pata.

Era ya casi de madrugada. Lo supo por el gallo, tan buen marido, tan circunspecto en su dolor cuando ellos íbanle comiendo una a una las gallinas. Que luego se acabaron, junto con el último grano de maíz. Y entonces él quedó picoteando en el pozo que había practicado en busca de lombrices. Que también se fueron terminando, pues. ¿Todo? No. Quedaban aún el perro y el caballo, para los que siempre habrá algún resto aunque el hombre no coma. Haciendo aquel balance, Juan sin mujer cayó en la cuenta que tenía muchas pertenencias en el mundo. Hasta con la evasión del color de los banderines. Pues qué cosa mejor que unos pedazos de diarios para los agujeros. Nunca se supo que eso despertara la codicia de nadie...

EL GALLO

Iba y venía a su casa de hombre solo con esa filosofía del espacio que comienza a provocar la cama cuando nadie incomoda ya, y uno puede dormir a lo ancho, abriendo brazos y piernas. Porque, al fin y al cabo, ¿qué? La mugre que comienza a prenderse de las sartenes en ausencia de la mujer no es tal cosa, sino grasa. Y la grasa curte el metal, mejorando las frituras. Su finada madre siempre lo decía: Los ricos no saben lo que son los gustos de las comidas, de tanto limpiar el c... de las ollas...

Aquella mañana, a pesar de cumplirse treinta días del abandono, se levantó más alegre que nunca. El perro y el caballo le dieron ese golpe de

luz interior que no proviene de ninguna fuente lumínica, porque puede sentirse aun en medio de la noche. Miró hacia el sitio donde en general pululaba el gallo ahondando pozos y no lo vio. Rayos, no lo había oído cantar, era cierto. Ni tampoco defenderse de nada. Un bicho de esos es como una nación cuando se conmueve.

Por investigar la cosa, ensilló con toda la paciencia con que se puede alargar el placer de hacerlo, montó y salió a recorrer el campo a lo largo de la vía, seguido por el perro. Y allí, a una media legua más o menos, lo vio, caminando quién sabría hacia dónde, como un hombre primitivo en pos de las tierras fértiles, sin importársele ya de los recuerdos de aquellos días de maíz, que luego se hicieron sólo migas de mantel, pero que eran algo. Y que después, cuando a nadie se le hubiera ocurrido dejar migajas, se transformarían en largas jornadas de lombrices, de más en más escasas, hasta llegar a cero.

Cada vez se hallaba el hombre a menos distancia del animal, que seguía la línea férrea como un sonámbulo en los pretilos. Iba ya a dos pasos de su cola, cuando de pronto recapacitó. Pero no en simple dueño de un gallo trashumante, sino de sí, de su propio libre albedrío llegado el caso de largarse. Un gallo que se va porque se agotaron los pozos donde buscar lombrices, pensó. Pero si era igual que un hombre hasta para marcharse sin saber adónde, cuando la necesidad aprieta mucho y los días amanecen y se gastan sin soltarnos prenda...

EL PERRO

Y ya no más que temer. Al fin, las propiedades que se pierden solas son las mejores, porque al menos expresaron su deslealtad natural, no anduvieron con rodeos. Así lo estaba razonando todo junto al cerco de la casilla, cuando, no ya por la sensibilidad plantar de la mujer, sino por las orejas del perro, supo que venía el tren. Como siempre el animal empezó a ensayar un avance con las patas de atrás, limándolas contra las piedras, a bien de estar en buenas condiciones para correr junto al convoy algunos metros ladrando a todo volumen. Las cosas habían principiado, pues, como siempre. De pronto, y tal el que asiste a las situaciones fulminantes de los sueños, pareció meterse por los ojos del hombre aquella imagen, el cocinero del tren arrojando ciertos comestibles por la ventanilla. El perro, con el hambre pudorosa que era el orden del día en la casa, dio sin embargo un vuelco moral en el orgullo y agarró por los aires lo que se le venía. Pero el tipo, al cual se le habrían echado a perder por alguna razón las provisiones, empezó a tirar más y más cosas por la borda. Y así el animal largó lo que portaba en la boca para ir por las siguientes, sin comerse ninguna y sin abandonar tampoco las otras. A todo lo que alcanzaron sus ojos, el tren seguía descargando su vientre descompuesto y el maldito perro agarra y deja las presas. Luego, ya no se vio más nada.

Aguardó toda la tarde. No, un perro es el último ser viviente que puede esperarse que nos traicione por el vislumbre de una nueva abundancia. Sin embargo fue así, aunque no estuviera escrito. Es que en materia de infidelidad puede sucedernos todo, dijo en la tarde vacía de resonancias, hasta que el perro abandone también el lugar donde ni la mujer ni el gallo se animaron a seguir tirando.

Era un final de jornada con anuncios visibles de tormenta. Y fue agarrándose a aquella pequeñez de orden meteorológico que logró el mismo escape de la primera noche sin mujer, en base a los pensamientos de escasa importancia que revoloteaban en su aire. Cuando caían ya las primeras gotas, y se vio por el color del cielo que aquello iba a ser cosa de agua y viento, ató el caballo a la cerca lo más fuerte que pudo y penetró en la casilla, dispuesto a saborear a plena conciencia su refinada soledad de hombre que ya no tendrá a nadie por quien sacrificar las propias decisiones, aun la de abandonarlo todo para los que se arrojan sobre bienes mostrencos.

—Maldita esclavitud —dijo encendiendo la lámpara— malditos trastos acumulados. Uno pasa la mitad de la vida junta que junta. Y luego, un día que quiere montar aunque sea en pelo y largarse no puede. A veces sólo porque le dará cierto asco pensar que en el colchón donde se ha dormido vaya instalarse un pueblo de lagartijas.

EL CABALLO

Esa noche el cielo se descolgó. Entre el silbido de las locomotoras y el viento que arrancaba los pegotes de diario de los agujeros, se protagonizó un dúo salvaje que sólo le fue posible dominar echándose algo fuerte en el estómago y metiendo la cabeza bajo las cobijas. Iba ya a soplar la llama cuando un rayo brutal caído en la cantera próxima, y acompañado en su resonancia por un chasquido como de resquebrajamiento, casi arrancó la vivienda. Menos mal que dejara bien amarrado el caballo al cerco, pensó, porque entreabrir nomás la puerta sería para salir por los aires con casilla y todo como en un globo antiguo. Y el olor azufrado del aire lo fue tumbando de a poco en el sueño.

A la mañana siguiente todo había quedado en silencio. Era, cierto, una calma sospechosa de campo de batalla cuando el pelotón yace por tierra. Abrió con ciertas aprensiones de sobreviviente único, miró en redondo. El barro formaba alrededor de la casa una especie de compota negra que ni con cinco días de sol iría a endurecerse. Notó, además, algo raro en su torno. Era como un despertar en la habitación del amigo que ha llevado a dormir a su compañero de beberajes después de una noche violenta. Hasta que de pronto hizo pie en la realidad, viendo que no estaba más la cerca. Y bueno, un chisme así, qué puede interesar después de tanta pérdida... Pero

tampoco vio el caballo que la había arrancado en la noche con su fuerza bruta exaltada por el espanto, a la caída del rayo y al no poder reventar el cabestro.

EL ALAMBRE

Sin el caballo y ni siquiera la cerca para tomarla de trampolín, decidió escapar como pudiese de aquella masa movediza de lodo. De vez en cuando alguna piedra sobresalida le permitía dar el salto y buscar otra que sirviera de próximo apoyo.

Hasta que logró advertir los hilos del alambrado que lo separaban de la vía. Sólo uno, el de arriba. Los otros colgaban reventados por las tensiones de la noche. Vio también que el alambre era de púas, y lo fue tomando con grandes precauciones. Pero aun así resultaba difícil eludir los pinchos, más juntos que lo que da el ancho de una mano. Además, cada vez que intentaba preocuparse de disminuir el riesgo, o se hundía en el barro o se agarraba con más fuerza del hilo, siempre dispuesto a recordarle el precio del peaje. En uno de esos forcejeos cayó de espaldas. Fue una sensación humillante de cucaracha accidentada, que lo enajenó de sus últimos vestigios de orgullo humano. Incorporándose como pudo, volvió a prenderse con todas las uñas, sin importarle ya las criminales rosetas del hilo. En medio de su dolor, y por breves instantes de recuperación de la memoria, se le aparecían en el aire cosas extrañas (el gallo que gira en la veleta, el perro, la mujer y el caballo en una pista de circo), la mitad en una zona real y la otra en la de las pesadillas. Pero era necesario por encima de todo aquello mantenerse en forma ante las alternativas del barro y el alambre, un barro que seguiría extendiéndose un buen trecho, pero un alambre que en determinado momento pudiera estar cortado.

Fue cuando ya no acertaba si a continuar o caer de una vez, y además su instinto le decía que algún próximo ferrocarril estaba por echarle su aliento en la cara, que le ocurrió alumbrar una idea perdida en un recodo de su existencia, cuando le arrojaran durante noches y noches una extraña imploración contra cierto mal de niño que parecía querer llevárselo. Una mujer cuya cara se hallaba oculta bajo toneladas de tiempo invocaba en aquel entonces a alguien en la misma forma especial con que él lo estaba haciendo respecto a la continuidad del alambre. Era más que extraño eso de haber perdido el final del asunto, como una novela a la que le han arrancado la última página, pero que en tal forma será el espejo de la propia vida que sobren los desenlaces. Un remate como éste, por ejemplo, que se acabase ahora el hilo. El cruce de un camino firme lo interrumpía al llegar al poste. Agarrándose a este último sostén, el hombre vio pasar a cierta distancia el mundo desprevenido de vehículos y gente a pie que se

desplazaba. Iba ya a enrostrarles a gritos lo que terminaban de hacerle, nada menos que interrumpir su trance evocativo, cuando el misterioso ser aguantador de las arengas de la curandera, que quizás se habría enfundado en el alambre, pareció cambiar de mensaje. Y él lo vio todo de pronto, allí cerca, casi sin creerlo. Su mujer, de regreso de la aventura estéril, venía en su dirección por la carretera, con el gallo flaco bajo el brazo y la actitud de una madre que encuentra jugando junto al río al chico perdido y lo trae a arreglar cuentas en la casa. Detrás, con las orejas gachas y un mundo de experiencias incomunicables en la mirada, trotaba al sesgo el perro. Era cuestión, pensó el hombre aun sin largar el poste, de salir ahora los tres en busca del caballo, para volver a empezar el ciclo.

RÉQUIEM POR UNA AZUCENA
Cuentos de ajustar cuentas
Ediciones Trilce — Montevideo 1990

Yo creo que un relato es siempre parte o continuación de los demás que hemos hecho, vivido, soñado u oído como bellas mentiras, y por eso suelo superponer algún trazo coloquial o algún nombre afín de no romper la unidad invisible de todo lo narrado. Y también están aquellos sucesos que nos transmitieron como reales, pero se ignora si quien relata ha sido testigo, protagonista o simplemente lector, y en este último caso el suscribirlos sería una apropiación indebida. Entonces el narrador contumaz toma la anécdota y la repite oralmente aquí, allá y quién sabe si de pronto aparece el que le diga: Pero si eso lo leí en o lo escuché a... De modo que por simple eliminación o por cansancio de que nadie haya acusado hasta hoy el golpe, decidí contar lo de Azucena y Adelaida.

VITA

Azucena era la primera niña que había parido Adelaida, y las dos, hija y madre, se parecieron en algo más que la A inicial de sus nombres: una mancha de color vinoso que la chica heredara en plena mejilla, y que con el tiempo la ya adolescente disimuló mediante una leve caída de cabellera rubia en tal punto crítico. Y ese detalle de coquetería, por estar enamorada en silencio de un muchachuelo del barrio muy parecido en color a un cuadro naif: piel blanca, ojos azules, pelo rojo, pecas herrumbre puro, y al que quizás por tal policromía y brillantez le endilgaran el apodo de El Cometa.

La madre de Azucena, o sea Adelaida, dio a luz siete hijos en su corta vida matrimonial, que habrá durado aproximadamente el producto de esta breve multiplicación, $7 \times 9 = 63$ meses, con algo de margen para los puerperios, es claro, menos el séptimo, al que no sobreviviera. Y como la dueña de aquella fecundidad estuviese tan ocupada en hacer esos siete chicos en tan poco tiempo, vino a ser la primogénita Azucena quien, desde que tuvo algunas escasas fuerzas, los acogió en sus brazos durante la época indefensa de cada uno. Es como una madre, se acostumbró a oír decir a la gente, viéndola siempre con niño vivo, nunca con muñecas inertes. O mejor dicho, cargando aquellos muñecos que berreaban, comían, ensuciaban el habitat, dormían y despertaban para volver a hacerlo todo de nuevo en un interminable ciclo.

Pero algo iba a suceder como un fenómeno muy especial no investigado aún por los relatores: que a medida que nacían, como si se fuera agostando el árbol luego de cada remesa frutal, las criaturas eran cada vez más chicas. Quizás por la rapidez de las hornadas, o por lo que la genética quiera explicar, el asunto continuó

así en la línea evolutiva, o en la involución, si se mantiene fidelidad a la palabra. Y con el último niño, es decir el séptimo, la mujer murió. Y Azucena se abrazó a éste como a las anteriores, sintiendo cada vez menos el peso de la carga. De pronto, pasados ya siete años del último vástago, a quien se le pusiera el obvio nombre de Septimio, se cayó en la cuenta de que aquel achicamiento progresivo de las crías había ido en serio: el niño era, y así lo confirmaron los médicos, enano, pero de un enanismo muy particular, ya que nunca pasaría de los cincuenta centímetros de estatura.

Azucena siguió con el enano en brazos mientras caían las hojas del almanaque con el color de las estaciones sucesivas. Los demás hermanos se fueron de la casa cada cual a su destino, como ocurre siempre para que este mundo sea un muestrario de diferencias. Y con el ensañamiento del tiempo al que nadie ha descrito en la exacta medida de su ferocidad, los años se abalanzaron sobre la ya mujer que, con el pequeño pigmeo encima, envejeció hasta llegar a los ochenta..

Por una operación matemática simple, fácil es colegir cuántos años tendría entonces Septimio, nacido durante el décimo de Azucena.

Y este vino a ser el final, un final tan humilde y tan anónimo que quedó sin registrar en ningún The End cinematográfico, en ningún libro de cuentas rendidas con el cielo, en ningún memorial de la tristeza. Porque lo cierto es que una tarde tibia de sol otoñal, parada Azucena en la puerta de su antigua y semiderruida casa —casa de cien años, mujer de ochenta, enano envuelto en ropas de bebé de setenta—, acertó a pasar un anciano decrepito apoyado en su bastón, la miró, descubrió cierta mancha vinosa de su cara, que también había sido la marca de la madre, y le dijo: Hola, doña Adelaida, ¿ »e acuerda de mí? Soy aquel muchacho pelirrojo del barrio a quien le decían El Cometa. Sabrá ahora que yo estaba enamorado de su hija Azucena, tan bonita y tan maternal, con su rebelde pelo rubio que le cubría un lado de la cara. Pero un día nos cambiamos de zona, yo me estiré, me casé, tuve hijos y nietos, enviudé, y hoy he venido a despedir a un amigo de la infancia que murió en la otra cuadra. Y no sabe cuántos buenos y bullangueros recuerdos me despertó el obituario a pesar de ser lo que era, un toque de silencio... Su voz de tortuga vieja, que deben tenerla como todos los seres comunicantes, quedó flotando en el aire dorado unos segundos mientras el dicente se alejaba siempre renqueando. Y de pronto el hombre que recapacita, se vuelve y pregunta: Pero dígame, doña Adelaida, ¿hasta cuándo piensa usted seguir teniendo niños?

MORTIS

Sí: Azucena murió allí mismo de un síncope. El homúnculo envuelto en puntillerías antiguas, rodó y se desnucó. Y esto último no lo contaba Gastón, pero hay que ser piadosos aunque a fuerza de la desnuda verdad, pues ¿qué iba a hacer un anciano tan pequeño en este inhóspito mundo?, ¿irse a vivir a una colmena para cuidar a la reina? Gastón sabe lo demás, hasta el nombre de la calle en que ocurrió aquello tan extraño, unos niños que nadan cada vez más pequeños al punto de alcanzar lo

absoluto. Yo respondo sólo del final, ya que suelo darme a investigar historias trucas, tengo un banco de datos. No, computadora no, las fichas me caen más humanas. Al manejar la de Azucena creí aspirar un vaho sutil de leche coagulada.

EL DESVÍO

De La calle del viento norte

Todos los cuentos 1953 — 1967

Colección Narradores de Arca — Mayo 1967

Se trata de una historia vulgar. Pero yo la narro a toda esta gente que está tirada conmigo sobre la hierba donde se produjo el desvío y nos dejaron abandonados. En realidad, no parecen oír ni desear nada. Yo insisto, sin embargo, porque no puedo concebir que alguien no se levante y grite lo que yo al caer. A pesar de lo que me preguntaron en lugar de responderme. Algo tan brutalmente definitivo como este aterrizaje sin tiempo.

Lo conocí una mañana cualquiera en una estación de ferrocarriles, mientras la muchedumbre se agolpaba como siempre para confirmar su ego. Recuerdo que había un niño de pocos años en el andén, con un montón de globos sostenidos por hilos. Algunos que le habían visto llorar por la falta de viento, soplaban al paso desde abajo a fin de fabricárselo. El que viajó luego en mi cabina y yo nos habíamos sumado a aquel asunto, cuando al levantar ambos la cabeza nos vimos entre los globos y la risa del chico.

Yo no sé si a causa de las circunstancias, mirarse a través de tantos colores elevados a fuerza de ilusión, que me pareció tan hermoso, y que quizás él tuviera respecto a mi una sensación más o menos pareja. Lo cierto fue que hasta hace unos segundos no cesamos de mirarnos, y eso es mucho.

El desconocido tomó mi maleta del suelo, se puso al hombro un morral en el que se notaban las formas turgentes de las frutas y me colocó en el asiento, tratando de colmar todos los deseos que uno expresa pateando a cierta edad y luego defiende con mejor educación al llegar a grande: la ventanilla y el lugar que avanza en el sentido de la máquina.

Había, recuerdo, otra plaza frente a la nuestra, y la ocuparon dos individuos con grandes canastos, tapando con sus cabezotas de palurdos el espejo en que hubiéramos podido mirarnos. Aunque, para decir la verdad, poco tardamos en descubrir las ventajas del método directo.

De pronto, mi compañero, tan joven como yo pero mucho más iniciado en ciertas técnicas, tomó mi mano y la retuvo entre las suyas. Su contacto cálido y seco me había sumido de golpe en un vértigo comparativo en el que iban desfilando todas las blandas, húmedas, o demasiado asépticas que uno debe soportar con asco o sin ganas, cuando él aprovechó aquella especie de otorgamiento para levantar mis dedos hasta sus labios y besarlos uno por uno, en

forma prolija y entregada, sin tomar en cuenta en lo más mínimo a los testigos miopes de enfrente.

A todo esto, el tren había empezado a andar con su famoso chuku—chuku que hace las delicias de todo el mundo. Yo estiré las piernas hasta los cestos de los vecinos, y entorné los ojos en medio de la felicidad máxima. Entonces el hombre joven me preguntó en un tono tierno y cómplice:

—De modo que te gusta a ti también ese ruidito ¿no es cierto?

—Que sí me gusta —dije yo al borde del éxtasis— sería capaz de cualquier locura cuando empieza a escucharse.

—¿Hasta de quererme?

Qué pregunta, pensé sin responder. Si le había dejado progresar en tal forma, desde la búsqueda de mi cara por detrás de los globos hasta aquellos besos disparados tan directamente hacia la sangre, era que algún mecanismo frenador se me había descontrolado repentinamente, y entonces sobran las explicaciones.

El tren iba cobrando velocidad, entrando en el lugar común de los silbidos. Se nos entreveraban ya las cosas a través del vidrio (pájaro con árbol, casa con jardín y gente, cielo con humo y nada). Tuve por breves instantes la impresión de un raptó fuera de lo natural, casi de desprendimiento. Él pareció sorprender mis ideas al trasluz y como quien saca un caramelo del bolsillo me ofreció una sonrisa también especial, de la marca que usaba para todo. Yo traté de retribuirla.

—Me gustan mucho tus dientes —me dijo— son del tipo que yo andaba buscando, esos que brillan cuando chocan con la luz y parecen romperla... Qué difícil es todo, y al mismo tiempo qué sencillo cuando sucede...

Y comenzó a besarme con una impetuosidad como de despedida, pero de esa que suele ponerse, asimismo, cuando uno se convence de que todo el ejercido anterior del besar ha sido pura chatarra, o un simple desperdicio de calorías.

—¿Qué lleva en ese bolso? —pregunté al fin del aliento que me quedaba, por desviar aquella intimidad demasiado vertiginosa.

—Alguna ropa y los implementos de afeitar —dijo— Bueno —añadió después con cierta malicia— y manzanas. ¿Comerías?

—¡Manzanas! —exclamé, entrando en su sistema— mi segundo capricho después del ruido del tren. Sólo que en este caso me gustaría compartir una a mordisco limpio. Más que nada por demostrar que son naturales —agregué exhibiendo mis dos hileras de dientes.

Luego del episodio un tanto brumoso de aquella primera comida, de la que nunca recordaré si habrá sido almuerzo o cena, vi con cierta decepción que él empezaba a mirar su reloj pulsera.

—Rayos —dijo de pronto— siete días ya, qué infalible matemática en todo esto.

—¿Cómo, qué es eso de siete días, si acabamos de subir a este desbocado tren expreso?

Fue en ese momento cuando debí empezar a salir de mi penumbra mental, a causa de sus palabras.

—Mira —aclaró— los tipos del canasto cambiaron de vagón el primer día. Ellos y muchos más, parece que a causa de divergencias con nosotros. Y vino en varias oportunidades, el hombre de los billetes, que yo iba renovando cada mañana.

—¿Aquel individuo sin cara, vestido de gris, que creo haber visto no sé si sobre el piso o prendido del techo a lo mosca?

Mi compañero inauguró algo que no le conocía, una carcajada que hizo girar todos los cuellos hacia nosotros.

—Si —contestó al fin— alguien que casi no acusaría más relieve que el de los botones de su chaqueta. Pero que miró nuestras manos con tan feroz insistencia de campesino casamentero, que tuve que ponerte ese anillo mientras dormías.

—Voy a echarme esta vez bastante agua sobre la cabeza— dije al cabo de su última palabra— porque eso de dormir yo así como así ya no cuela. Parecería un relato con el personaje equivocado —añadí incorporándome.

—Digamos que primero fue lo de la manzana entre dos, y que luego te dormiste a mi lado —explicó él como quitándole importancia a los hechos—. Es lo que sucede normalmente cuando ya ha transcurrido cierto tiempo. Y que luego deberá repetirse hasta tocar fondo —agregó aún, mirando hacia su misteriosa provisión de manzanas.

Todo aquello me estaba pareciendo algo demasiado fuera de lo habitual, como un desafío por el enigma. Pero andaban mezclados al delirio elementos objetivos de tal validez que eran capaces de obligar a creer en el conjunto, contra cualquier protesta.

Nos hallábamos, entretanto, asimilando de lleno el ritmo del tren. Y hasta la medida de la velocidad, que en un principio se nos mostraba por las cosas externas huyendo a contramano, se había hecho moneda corriente. Yo iba individualizando ya los días de las noches, los pasajeros molestos del otro asiento y los que eran capaces de cerrar los ojos aun sin sueño.

Un día mi hombre sacó un pantalón de invierno de su bolso. Aquello fue como el fin de mi dulce tránsito en la idiotez, una especie de golpe de gracia que no provenía de toparse con el nuevo viento frío colado por las rendijas.

—¿Lo has visto? —me dijo en tono de reproche tratando de estirar la prenda— estaba bien doblado por mi madre y tú has hecho este lío.

Yo lo miré con cierto aire bobalicón que se quedó colgado en el espejo de enfrente.

—Es que nunca doblé los pantalones de nadie —gemí— pero eso debería ser cualquier cosa menos un motivo para el agravio.

Ya iba a poner en juego el recurso casi olvidado de llorar cuando él, atajándome las lágrimas con la mano, trató de arreglar la cosa.

—Observa —me explicó— un desgraciado pantalón se maneja así, tomándolo por los bajos y haciendo coincidir las rayas de las piernas. Luego ya podrá doblarse en dos, o en cuantas partes se quiera.

Cielos, qué descubrimiento. Pero yo seguía con la humedad en la nariz, esa pequeña gota que viene de la ofensa, por detrás de la línea de los resfríos comunes. El incidente se evaporó saliendo a caminar de la mano por los pasillos, a cenar fuera del camarote mirando la noche estrellada que corría a la inversa del tiempo. (Confieso ahora aquella sensación de ir en sentido contrario de algo que se nos llevaba pedazos entre los dientes, pero cuyo dolor no era lo que debía ser de acuerdo con la importancia del despojo).

—¿Preferirías fumar aquí o comer de nuestras manzanas en el compartimiento? —me dijo él de pronto con una voz madura que se le iba asordando en forma progresiva.

Los dejamos a todos boquiabiertos, agarrados al nombre real de las cosas con la cohesión de un banco de ostras. Comer manzanas era para nosotros la significación total del amor, y nos capitalizábamos en su desgaste como si hubiésemos descubierto las trojes del verano.

Hasta que un día ocurrió, sencillamente como voy a contarlo y tal le habrá sucedido a tantos. Nadie anota el momento, es claro. Luego todo cae de golpe, y los escombros se enseñorean del último rastro.

—Es que voy a decírtelo de una vez por todas —declaró él cierta noche al regreso de una comentada exhibición de cine— a mí sólo me entusiasman las documentales, esas que en las gentes y las cosas de verdad envían un mensaje directo. Y las novelas de aventuras, porque en tal caso soy yo quien lo vive todo.

Bostezó, tiró los zapatos lejos, apagó la luz y quedó aletargado.

Pero la verdad es que uno no va a asistir despierto al sueño de nadie, por más a oscuras que lo dejen. Era, pues, la de aprovechar la lumbre que resta encendida dentro para empezar a revisar las pequeñas diferencias, hacer el inventario con tiempo por si apuraban el balance. Los hombres sucios del asiento de enfrente, recordé, que él elige para conversar porque, según sus paradojas, conservan las manos limpias. Aquello que opinó sobre mi asco a las moscas o a los estornudos de la gente en las panaderías: siempre pequeñas cosas entrando en el juego inicial como saltamontes por la ventana abierta. Pero que al fin desembocaban en planteamientos por colisión, en guerra de principios. Fidelidad eterna de las moscas contra mi repugnancia. Humanidad que se comunica al pan, versus las cargas microbianas del estornudo. Y todos los etcéteras que puede conjugar un etcétera solitario no bien se le deje suelto. "Has dicho se acabó la guerra como si pasaras en limpio una carta de adiós escrita por otro con las entrañas", me reprochó cierta vez en tal temperatura emocional que me valdría para no volver a repetir jamás aquellas cuatro palabras. Sí, pero lo de dormir sobre mi hombro con un leve ronquido y cierto hilillo de baba desentendida, mientras una película con varios premios había congregado al pasaje, eso era algo más que definitivo.

Cuando el tipo sin rostro vino al día siguiente por la renovación del billete, yo le hablé sin mirarle:

—Espere a que éste despierte. Después veremos quién sigue en el tren o quién se baja. No será cuestión de continuar aquí toda la vida.

Al pronunciar aquella última palabra sentí algo sospechoso en el plexo solar, pero la seguí repitiendo sordamente —vida, vida— en cierto plan de sospechas sobre la especie de trampa en que pudiera haber caído. Y eso ya sin control, pues el estrafalario reloj me había embrollado las cuentas con el tiempo.

Comenzó así otro día sin marca conocida, con afeitada matinal y cepillo de dientes. Entonces yo quise anunciar mi decisión quitándome el anillo en forma, provocativa. Pero no me salía del dedo. Él dejó de rasurarse y empezó a reír como el niño de los globos cuando los viera subir de nuevo en la lejana estación inicial donde nos habíamos conocido.

—Es que has engordado —dijo al fin— eso que no le pasa a mis moscas, por ejemplo, que viven en el aire prestado y andan siempre en un eterno alerta, hasta para sus festines más inocentes.

—Y que hay también fillos verbales mejores que el de esa navaja —mascullé apretando las mandíbulas—. Pero llega el momento en que uno puede estallar, querer largarse a pensar de por sí, a discutir con su cerebro propio. Si, ese cerebro que alguna vez habrá funcionado.

—Dramas —comentó él retornando a su menester— nadie vería tanto pecado en que hasta las más caras neurosis gusten también del exquisito café con crema...

—A ver —continué aún, cuerpeando las estocadas— a ver ese reloj infernal. ¿Cuánto tiempo hará que viajamos en este maldito tren, que debe ir por lo menos a Marte, a la Luna, según tus novelas de cabecera?

Él limpió la navaja, la guardó con una paciencia sin límites. Luego consultó el reloj, me miró en los ojos hasta calarme y volvió con la antigua fórmula:

—Siete años ya. El tiempo justo para lo que esta ocurriendo. Qué infalible y medida precisión. Dios y sus encantadores acertijos ...

Me irritó esta vez su petulancia respecto a los plazos. Tenía ganas de deshacerlo con algo contundente, un juicio ilevantable que nos dejase mano a mano como en un empate a golpes bajos.

—Y bien —le espeté sordamente— no creas que no lo he visto, que me es ajeno. Nuestras manzanas, aquellas que parecían ser sólo para nosotros dos cuando lamías el jugo de mis comisuras, yo te he sorprendido dándolas a mis espaldas tras algunas puertas mal cerradas del convoy. Y hasta te he escuchado comentar después en sueños la escapatoria, decir nombres que no eran el mío. Y muchas cosa; más que no quiero traer a cuento para que el mundo no comience a husmear en nuestras miserias. De modo que yo arreglo mi maleta y me voy a otro vagón. Eso es lo limpio, creo, ese es el juego honesto, hayan pasado o no los famosos años clave.

Él me dejó hacer. ¿Oyen o no?, eh, ustedes, los desparramados por la hierba. Pero ocurrió que al llegar la noche el ruido del ferrocarril, principalmente ese de la suprema soledad con que salta los puentes, me impidió dormir. Además, empecé a sentir sed y no encontraba el vaso de agua, a tener trío y no hallar ni las mantas ni la llave de la luz. Porque todo había cambiado de disposición a mi alrededor, como en la primera noche en tierra extraña de un inmigrante. Cuando lo sentí golpear

suavemente en la puerta me incorporé dando gracias al cielo, que pasaba como un cepillo negro tras el vidrio. Y que después dejó de existir. Aunque quizás lo habrá seguido haciendo para otros que tendrían solo eso, un pobre y vago cielo para la tan grande soledad.

—¿Has visto? —me dijo finalmente, ayudando a reemprender la mudanza—. Así uno despilfarre un poco tras una puerta a medio cerrar, las cosas se hallan tan bien dispuestas como para que las frutas del morral alcancen para todo.

Yo aprendí desde entonces, a burlarme de mi misma. Además, durante aquellos tiempos de frenesí, inventamos el juego de tirar objetos por la ventana. Habíamos espiado a la gente sobrecargada de cosas. Tenían que dormir arrollando las piernas. Y otros hasta dejaron de abrazarse por falta de sitio. Esa nueva concepción del espacio terminó por reacomodar el caos. Y yo supongo ahora que un día memorable él olvidó también de dar cuerda al relojito a causa de mis aprensiones. "Si vive, su tiempo está en nosotros", me dijo cierta vez en que insinuó la idea, calcular cuántos años de hombre tendría ya el chiquillo a través de cuyos globos nos habíamos conocido. Luego del frío que me recorrió la espalda a causa de sus palabras, nunca más se buscaron señales metafísicas al pasar por esquinas peligrosas.

Hasta que llegó esta noche. Qué extraño, jamás había dado en pensarlo, la gran familia de desconocidos entre sí que se descerrajan en el misino minuto, sea cualquiera el origen del acontecimiento. Yo tenía los pies helados. Me pareció, además, que el tren había empezado a marchar a menor velocidad. Aunque nada de eso pude expresar con una lengua medio rígida. Él me puso una manta sobre las piernas, me tomó la mano, me besó dedo por dedo como la primera vez y quedó dormido.

Entonces fue cuando sucedió. El hombre sin cara se plantó en el asiento contrario, en medio de ¡a oscuridad absoluta a que nos obligaban a esa hora. Percibí, sin embargo, que le iban surgiendo al fin los rasgos desconocidos, o que yo nunca había tenido tiempo de descubrirle— Algunos fogonazos de la máquina me permitían verlo en forma intermitente, como a una casa de campo bajo los relámpagos.

—Usted —le dije al fin dando diente contra diente— tanto tiempo alcanzándonos cosas. Gracias por todo. ¿Pero qué quiere?

El individuo me miró con una lástima y una crueldad tan entreveradas que hubiera sido imposible deshacer la mezcla. Parecía tener algo inmenso que comunicarme. Pero sin oportunidad ya, al igual de alguien que recuerda el nombre olvidado de una calle justamente cuando ve, al pasar, que han demolido la casa que venía buscando.

Mantuve todo lo posible ese pensamiento en el cerebro, tratando de que su embarazo poemático y triste me separara del hombre. (El que vivía en la casa habrá llamado alguna vez al otro vaya a saberse con qué secreta urgencia. Su amigo no acudió por tener olvidados la calle, el número). El hombre, entretanto, no había soltado palabra, tironeando quizás de los detalles de un quehacer que parecía

inminente. (Entonces —pensé aún— un día, de súbito, lo recuerda todo, número, nombre. Pero sólo cuando pasa por allí y ve que han quitado la casa). — Bueno — dijo al fin, tal si hubiera asistido al desenlace de la anécdota— nos acercamos al desvío. Y creo que es a usted, no a él aún a quien debo empujar por esa puerta. Trate de no despertarlo, sería un gesto estúpido, una escena vulgar indigna de su parte.

—Pero es que yo no puedo cancelar esto sin aviso, y así, en la noche. Usted ha visto bien lo nuestro, lo conoció desde un principio...

No me dejó ni agonizar. Percibí claramente el ruido de cerrojo de la aguja al hacerse el desvío, transmitido de los rieles a mi corazón como un latido distinto. Y luego mi caída violenta sobre la maleza, al empuje del hombre sin cara.

—¡Eh, dónde está la estación, dónde venden los pasajes de regreso! ¡El número, si, aquí está en mi memoria, el número de aquella casa demolida!

Entonces fue cuando lo oí, a la grupa del convoy que se alejaba sin mí y sin estos otros:

—*¿Que estación, qué regreso, qué casa...?*